

## CAPÍTULO X

Entra Gil Blas á servir de mayordomo en casa de Arsenia.

Informe que le da Laura de los comediantes

Era poco más ó menos la hora de la comedia, cuando mi nueva ama me dijo que la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en el vestuario, y allí, quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnífico para presentarse en la escena. Así que empezó la representación, me llevó Laura á un sitio desde donde podíamos oír y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba predispuesto contra ellos en virtud de lo que le había oído á don Pompeyo. Con todo eso, fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenía Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro, y no contenta con nombrarlos, hacía un retrato satírico de cada uno.

— Éste, decía, es un atolondrado; aquél un insolente; aquella melindrosa que ves, cuyo aire es más descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala adquisición para la compañía. Más valdría que se marchara con la que se está formando de orden del virrey de Nueva España y va á salir inmediatamente para América. Mira bien aquel astro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda; y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuído con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podría haber erigido una que llegase al tercer cielo.

En fin, á cada cual fué pegando Laura su parchecito. ¡Qué mala lengua! Ni aun á su misma ama perdonó.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo apasionado de ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenía de bueno. De todos decía mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo, y en vez de volver prontamente, se entretenía tras del teatro á recoger los requiebros y lisonjas que le decían los hombres. Una vez la seguí para observarla y vi que tenía muchos conocidos. Noté que tres comediantes, uno en pos de otro, la detuvieron para hablarla y observé que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á experimentar lo que eran celos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura lo echó de ver luego que volvió.

— ¿Qué tienes, Gil Blas?, me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de ti desde que te dejé? Muestras un semblante triste y sombrío, que no sé á qué atribuirlo.

— Y lo peor es, reina mía, que es con sobrada razón, le respondí. Me parece que andas algo suelta, y esto me da que pensar á mí más que á ti mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes...

Al oír esto, dijo ella, soltando una grandísima carcajada:

— Vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre. Pues qué, ¿de tan poco te espantas? Eso es una friolera; si estás algún tiempo con nosotros, verás otras mil lindezas. Es menester, hijo mío, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho menos se usan celos. En la nación cómica los celosos se llaman ridículos, y así apenas se halla uno. Padres, maridos, hermanos, tíos, primos, todos son la gente más bien avenida del mundo; y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias.

Después de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno y á no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el feliz mortal que había encontrado el camino de su corazón, y me aseguró que me amaría siempre y á nadie más. Después de una seguridad como esta, de la cual podía yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, le ofrecí no espantarme de nada; y con efecto, cumplí mi palabra. Aquella misma noche la vi hablar á solas, reír y divertirse con varios sin dárseme un bledo. Acabada la comedia, volvimos á casa con nuestra ama, y poco después llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venían á cenar en compañía de las dos. Además de Laura y yo había en casa una cocinera, un mozo de cocina y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera,

que era tan hábil como la señora Jacinta, dispuso las viandas ayudándole el marmitón. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa, y yo cuidé de cubrir el aparador con la más bella vajilla de plata y algunos vasos de oro, votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéle también con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante la cena, aparentando ser damas de importancia y figurándose ellas mismas que eran señoras de la primera distinción. Lejos de dar á los señores el tratamiento de «excelencia,» no les daban ni aun el de «señoría,» contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se tenían la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante, por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de héroe, les trataba también sin cumplimiento: brindaba á su salud y hacía los honores de la mesa. «A fe, dije entre mí, que cuando Laura me dijo que un marqués y un comediante eran iguales parte del día, pudo añadir que aún lo eran mucho más por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella.»

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres. Ocurriéronles mil dichos chistosos y algo más, mezclados con favorcillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Mientras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre los dos, no hacía ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo que á la verdad tenía muchos atractivos para un mozo de mi edad, cuando se sirvieron los postres. Entonces puse en la mesa botellas de licores con sus copas correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando.

— Y bien, Gil Blas, me dijo, ¿qué te parece de esos señores que has visto?

— Sin duda, le respondí, son los cortejos de Arsenia y de Florimunda.

— Te engañas, replicó ella: son unos viejos voluptuosos que galantean á todas sin fijarse en ninguna. Se contentan sólo con un poco de agrado, y son tan generosos, que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes, á Dios gracias; hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos y que sean para sí solos todos los gustos de la casa porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinión que una mujer de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Más vale ganar poco á poco alhajas, que comprarlas de una vez á costa de tan impertinente sujeción.

Cuando Laura estaba de humor de hablar, lo que le acontecía casi de continuo, nada le costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil lances que habían sucedido á las comediantas del corral del Príncipe, y conocí por sus conversaciones que no podía estar yo en mejor escuela para conocer perfectamente los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que éstos apenas causan horror, y añadíase á esto que la tal niña los sabía pintar tan bien, que en ellos sólo consideraba yo los placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun de la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro, porque no hacía más que tres horas que estaba hablando. Los señores y los comediantes se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome:

— Toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura regalarnos bien.

— Señora, le respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida, aunque sea á toda la cuadrilla cómica.

— ¿Qué es eso de cuadrilla?, repuso ella. Mira cómo hablas. No se debe llamar cuadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de bandidos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía, y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre.

Pedí perdón á mi ama de haber usado de una expresión tan poco respetuosa, suplicándole que disculpase mi ignorancia y protestando que, siempre que hablase de los señores representantes de Madrid colectivamente, diría compañía y jamás cuadrilla.